

COBALT GROUP

DE LA SOCIEDAD EN RED AL ESTADO EN RED

**Cómo cambia la soberanía en la era de las plataformas,
los flujos y las amenazas híbridas**

Artículo analítico • Otoño de 2026

Otoño de 2026. Han pasado varios meses desde la sesión plenaria del XXIX Foro Económico Internacional de San Petersburgo (SPIEF), celebrada el 5 de junio de 2026. En su intervención, Vladimir Putin abordó temas como la transformación estructural de la economía mundial, la soberanía tecnológica, el desarrollo de la inteligencia artificial y los sistemas autónomos, las plataformas digitales, los cambios en los pagos internacionales y la formación de nuevas rutas logísticas.

Si estas tesis se examinan no de forma aislada, sino en un contexto teórico más amplio, aparecen conexiones menos evidentes entre la plataformización digital, la soberanía estatal y la nueva arquitectura de la competencia internacional.

Estas ideas pueden ponerse en relación con el concepto de sociedad en red de Manuel Castells; con el proyecto de «economía en red» propuesto en 2020 por A. V. Shcherbakov, A. V. Oleskin y V. Yu. Rumyantsev; y con el análisis de las redes de inteligencia y las redes híbridas del manual de R. V. Romachev, «Redes de inteligencia», publicado en 2026.

Esta comparación permite formular una hipótesis: las estructuras en red dejan de ser una alternativa a las jerarquías estatales y pasan a convertirse en una de las herramientas para preservar y reforzar la soberanía del Estado.

El Estado intenta controlar cada vez más los circuitos tecnológicos, financieros, logísticos e informativos críticos: las redes de las que depende su capacidad para actuar de manera autónoma.

A continuación se intenta examinar este proceso en tres dimensiones.

I. Geopolítica: el Estado como «programador» de redes

Una de las perspectivas más productivas para analizar lo que ocurre sigue siendo la teoría de la sociedad en red de Manuel Castells.

En su concepción, el poder en la era de la información está relacionado no solo con el control del territorio y las instituciones, sino también con la capacidad de programar redes y garantizar la interacción entre ellas. Castells emplea los conceptos de «programadores» (programmers) y «conmutadores» o «conectores» (switchers): los primeros establecen los programas y objetivos de las redes; los segundos hacen posible la conexión entre distintos circuitos de red.

Castells describió la crisis del Estado-nación tradicional, la persistencia de su importancia y la aparición de formas de «Estado en red», en las que las instituciones públicas interactúan en distintos niveles: nacional, regional y supranacional.

Es precisamente aquí donde la agenda rusa contemporánea presenta un interés especial.

La lucha por la capacidad de programar los circuitos tecnológicos

En el SPIEF-2026, Vladimir Putin formuló la cuestión tecnológica de forma muy clara: los grandes Estados deben crear sus propios «circuitos tecnológicos y de plataformas»; de lo contrario, corren el riesgo de convertirse en una «periferia digital». Entre las áreas prioritarias mencionó la inteligencia artificial, los sistemas autónomos y las plataformas digitales.

En la terminología de Castells, esta afirmación puede interpretarse como una lucha por la capacidad no solo de conectarse a redes ajenas, sino también de determinar las reglas de funcionamiento de las propias.

Desde esta perspectiva, la soberanía tecnológica ya no consiste simplemente en disponer de empresas, servidores o programas informáticos. Consiste en poder definir de forma autónoma la arquitectura de los sistemas digitales críticos, los estándares de interacción, las reglas de acceso a los datos y las condiciones de funcionamiento de las plataformas.

Un ejemplo ilustrativo es Wildberries, que Putin mencionó en el contexto de ampliar el acceso de los productores uzbekos al mercado ruso y a otros destinos. Este ejemplo, por sí solo, no demuestra que haya surgido una alternativa completa a las plataformas globales, pero sí muestra cómo una

infraestructura digital comercial se convierte en instrumento de integración transfronteriza.

Los «países conectores» y el nuevo papel de los nodos intermedios

Otra idea importante del SPIEF es la aparición de un papel específico para los «países conectores», capaces de vincular mercados, tecnologías, flujos financieros y culturas empresariales. En el debate plenario participaron, entre otros, los líderes de Uzbekistán y Tanzania, y el papel de los países del Sur Global se examinó en el contexto de una arquitectura económica multipolar en formación.

Esta tendencia puede compararse con el concepto de switchers de Castells. Sin embargo, la coincidencia no es literal: para Castells, los «conmutadores» son actores que permiten la interacción entre distintas redes; en la política internacional contemporánea, una función semejante recae cada vez más en Estados y centros económicos que controlan puntos críticos de conexión entre varios sistemas.

Como resultado, adquieren importancia no solo los mayores centros de poder, sino también los nodos por los que pasan los flujos comerciales, de transporte, financieros y tecnológicos.

El «espacio de los flujos» y el «espacio de los lugares»

Otra categoría de Castells especialmente pertinente para la situación actual es el «espacio de los flujos». En la sociedad en red, los procesos económicos e informativos más importantes dependen cada vez menos de la proximidad territorial directa y cada vez más de la integración en redes transnacionales.

El desarrollo de nuevas rutas de transporte, incluido el corredor Norte-Sur y la Ruta Transártica, puede entenderse como un intento de crear configuraciones alternativas para el movimiento de mercancías y recursos. Al mismo tiempo, Rusia pretende desarrollar sus regiones interiores: en el SPIEF se debatió el traslado de algunas grandes empresas de Moscú a otras regiones como instrumento de desarrollo territorial.

Surge así una doble tarea: controlar los flujos externos y, al mismo tiempo, reforzar el espacio interno de los lugares.

Esta puede ser una de las diferencias fundamentales entre la etapa actual y la globalización clásica de las décadas de 1990 y 2000. El Estado ya no busca necesariamente reducir al mínimo la importancia de las fronteras. Por el contrario, intenta convertir las fronteras y la infraestructura nacional en parte de una arquitectura de redes gestionable.

II. Economía: del proyecto de «socialismo en red» al capitalismo de Estado basado en plataformas

Si Castells permite examinar lo que sucede desde la perspectiva de la estructura del poder y de los flujos, el libro «Economía en red», de A. V. Shcherbakov, A. V. Oleskin y V. Yu. Rumyantsev, ofrece otra perspectiva: la económica.

Publicado en 2020, el libro propone un modelo amplio de reorganización del sistema económico. Los autores definen la economía en red como un modelo de sociedad en red y, al mismo tiempo, como una forma de transición del capitalismo global al «socialismo en red».

Algunas tendencias que los autores consideraban futuras sí se han desarrollado. Sin embargo, la trayectoria institucional ha resultado mucho menos radical de lo que se preveía en el libro.

Las plataformas como nueva infraestructura

Uno de los puntos de convergencia más visibles es la creciente importancia de las plataformas digitales.

Hoy una plataforma ya no es solo una página web comercial. Puede integrar vendedores, compradores, logística, publicidad, pagos, crédito, análisis y acceso a datos.

En este sentido, la plataforma se convierte en un nodo de infraestructura de la economía.

Es significativo que Putin mencionara precisamente las plataformas digitales como una de las tres áreas tecnológicas clave del futuro, junto con la inteligencia artificial y los sistemas autónomos.

Pero aquí es importante distinguir entre la economía de plataformas y el proyecto de «socialismo en red».

En qué aspectos las previsiones de 2020 se acercaron a la realidad

Los autores de «Economía en red» partían de la idea de que las formas en red podían reducir considerablemente los costes de transacción, facilitar la cooperación y modificar el papel de los intermediarios.

Esta parte de su razonamiento sí se ha desarrollado.

Las plataformas digitales permiten reunir a numerosos agentes económicos en un entorno informativo común, y las pequeñas empresas obtienen acceso a una infraestructura que prácticamente no podrían crear por sí solas. Pero esto no implica en absoluto la desaparición del capitalismo. Por el contrario, una de las tendencias más visibles de los últimos años ha sido la combinación de la plataformización con la concentración del capital.

Una gran plataforma puede proporcionar infraestructura a miles de pequeñas empresas y, al mismo tiempo, reforzar su propio control del mercado. Por tanto, una plataforma no destruye necesariamente la jerarquía: puede crear una nueva forma de jerarquía dentro de la red.

Dónde divergen la previsión y la práctica

Aquí aparece una diferencia fundamental entre el proyecto de «Economía en red» y la política económica rusa actual.

Los autores del libro proponían una transformación mucho más profunda del sistema capitalista: eliminar el interés del crédito, modificar sustancialmente el papel del beneficio, limitar los mecanismos bursátiles, desarrollar la planificación estatal y avanzar hacia un modelo de «socialismo en red».

El SPIEF-2026, por el contrario, muestra un enfoque distinto.

El Estado utiliza la digitalización y la plataformización ante todo como instrumentos para mejorar la eficiencia, la independencia tecnológica y la competitividad. Al mismo tiempo, no se rechazan los mecanismos de mercado, la iniciativa empresarial privada, el beneficio ni la competencia.

Esto permite hablar más bien de un capitalismo de Estado basado en plataformas que de una transición a una economía poscapitalista. En otras palabras, la arquitectura tradicional de mercado no se sustituye, sino que se reorganiza según principios de red.

Para los autores de «Economía en red», la red debía convertirse en la base para superar el capitalismo. En la práctica rusa contemporánea, por el contrario, la red se utiliza para aumentar la resiliencia y la eficiencia del sistema económico existente.

III. Seguridad: de la jerarquía centralizada a las redes distribuidas

La tercera dimensión es la seguridad.

Aquí resulta útil la obra de R. V. Romachev, «Redes de inteligencia», publicada en 2026 como manual sobre la guerra informativa y las guerras híbridas.

Mientras que las dos primeras fuentes permiten analizar la arquitectura de la economía y del Estado, Romachev se ocupa de la estructura de las redes de inteligencia, la influencia informativa y los conflictos híbridos.

De este modo, la seguridad también puede analizarse desde la lógica de la sociedad en red, en la que los procesos clave se desarrollan mediante formas de red y no únicamente a través de instituciones.

La distribución como ventaja

En un sistema jerárquico tradicional, la eficacia depende en gran medida de la estabilidad del centro de mando. Una estructura en red funciona de otra manera: sus elementos pueden interactuar directamente, intercambiar información y conservar cierta autonomía.

Por eso, la expansión de los sistemas autónomos, la inteligencia artificial y los sistemas distribuidos de sensores y comunicaciones está cambiando las exigencias en materia de seguridad.

Es importante evitar una simplificación excesiva. La arquitectura militar contemporánea no puede reducirse a una oposición simple entre «sistema jerárquico» y «enjambre». En la práctica, los sistemas de defensa eficaces también utilizan interacciones en red, detección distribuida, intercambio de datos y distintos niveles de centralización.

Sin embargo, la tendencia general es bastante clara: la velocidad del intercambio de información y la capacidad de integrar elementos heterogéneos del sistema se convierten en factores de seguridad por derecho propio.

En este contexto, las tesis del SPIEF sobre sistemas autónomos, inteligencia artificial e independencia tecnológica adquieren una importancia que va mucho más allá de la economía civil.

OSINT y espacio informativo

Otro aspecto importante es el cambio en la naturaleza de la actividad de inteligencia.

Las fuentes abiertas, las huellas digitales, las redes sociales y las comunidades informativas distribuidas permiten recopilar y cruzar grandes volúmenes de información sin acceder a los canales cerrados tradicionales.

Esto significa que el entorno informativo se convierte simultáneamente en:

- una fuente de datos;
- una herramienta de análisis;
- un canal de influencia;
- un espacio de competencia.

Como resultado, la seguridad del Estado depende no solo de la protección de los sistemas cerrados, sino también de la capacidad de la sociedad y de las instituciones para funcionar en un espacio informativo abierto.

Esto conecta con una idea expresada en el SPIEF en relación con la resiliencia interna de la sociedad y la respuesta de Irán a la presión exterior. Al compararla con el análisis de las acciones informativas e híbridas, puede suponerse que la cohesión social se convierte en un componente de la resiliencia nacional, junto con la tecnología y la infraestructura.

La soberanía exige una base tecnológica propia

En un sistema en red no basta con tener acceso a la tecnología: es necesario poder mantener de forma autónoma los elementos críticos de la infraestructura.

De ahí surge una concepción más amplia de la soberanía tecnológica.

Esta incluye no solo la producción de equipos finales, sino también:

- el software;
- la infraestructura de computación;
- los sistemas de comunicación;
- los medios de procesamiento de datos;

- los componentes y la base de elementos;
- las competencias de ingeniería;
- las escuelas científicas;
- la formación de personal.

Desde esta perspectiva, la soberanía tecnológica deja de ser una tarea sectorial y se convierte en una condición de la autonomía estratégica del Estado.

IV. Qué está cambiando realmente: la red deja de ser una alternativa al Estado

La comparación de las tres fuentes permite apreciar una nueva configuración de las relaciones entre el Estado y las redes.

En la interpretación clásica de la globalización, la red solía considerarse una estructura que limitaba gradualmente las capacidades del Estado. Castells mostró cómo los flujos globales de capital, información y tecnología erosionaban la antigua autonomía de las instituciones nacionales. Al mismo tiempo, analizó la aparición de nuevas formas de Estado en red.

Hoy ocurre algo más complejo: los Estados establecen las reglas, la infraestructura y las instituciones en cuyo marco se desarrollan las estructuras en red.

Entre otras cosas:

- construyen sus propias plataformas digitales;
- crean circuitos nacionales de pagos y finanzas;
- desarrollan corredores de transporte;
- protegen infraestructuras críticas;
- desarrollan cadenas tecnológicas propias;
- invierten en inteligencia artificial y sistemas autónomos;
- intentan controlar los datos y los flujos de información.

Así, la red se convierte no en una alternativa al Estado, sino en una de las herramientas para reforzarlo.

Esto resulta especialmente visible en condiciones de fragmentación geopolítica.

Si la globalización de la primera década del siglo XXI suponía una expansión de la interdependencia, el modelo actual se parece cada vez más a una competencia entre circuitos de redes interconectados, pero parcialmente autónomos.

V. De la red global a la competencia entre redes

En este contexto también cambia la propia naturaleza de la competencia internacional.

Ya no se trata únicamente de la rivalidad entre Estados.

Compiten:

- los estándares tecnológicos;
- las plataformas digitales;
- los sistemas de pago;
- las rutas logísticas;
- las cadenas energéticas;
- los ecosistemas informativos;
- los clústeres de producción;

- las escuelas científicas y de ingeniería.

Un Estado que controla únicamente su territorio, pero depende de tecnologías externas, infraestructura financiera y plataformas de comunicación, tiene menos autonomía estratégica que otro capaz de mantener por sí mismo los circuitos de red fundamentales. Por eso, la soberanía en el siglo XXI puede medirse cada vez menos exclusivamente por la extensión del territorio, el tamaño del PIB o el potencial militar. Una cuestión igual de importante es qué redes puede crear, programar, proteger y, si es necesario, desviar hacia rutas alternativas.

VI. Rusia y el problema de la «soberanía en red»

La intervención en el SPIEF-2026 adquiere un significado más amplio.

Si se examina la estrategia rusa a través del modelo analítico propuesto aquí, no implica renunciar a la interconexión global. Al contrario, el objetivo consiste en participar en redes globales sin permitir una dependencia crítica de un único centro exterior.

De ahí el desarrollo de nuevas rutas comerciales, la ampliación de los pagos en monedas nacionales, el refuerzo de la soberanía tecnológica, el desarrollo de plataformas digitales propias y la apuesta por la interacción con los países del Sur Global. En el SPIEF, esta lógica se formuló mediante los conceptos de multipolaridad, autonomía tecnológica y «países conectores».

Al mismo tiempo, la autonomía en red no supone un aislamiento económico completo. La economía contemporánea es demasiado compleja para funcionar dentro de un circuito nacional totalmente cerrado. Por eso, el objetivo más realista no es el aislamiento, sino la diversificación de las dependencias.

En otras palabras, la tarea no consiste en abandonar las redes, sino en conservar la capacidad de elegir qué redes construir, a cuáles conectarse, en qué condiciones y a través de qué nodos.

Conclusión: quién programa las redes

La síntesis de Castells, de los autores de «Economía en red» y de Romachev permite contemplar los cambios actuales desde una perspectiva común.

Castells muestra que el poder en la era de la información está cada vez más vinculado a la programación y conexión de redes.

Shcherbakov, Oleskin y Rumyantsev muestran hasta qué punto los principios de red pueden transformar la organización económica, aunque su modelo normativo de «socialismo en red» difiere sustancialmente de la economía de plataformas que se está configurando en la realidad.

Romachev traslada la lógica de red al ámbito de la inteligencia y los conflictos híbridos, donde la distribución, el intercambio de información y la capacidad de actuar mediante numerosos elementos interconectados se convierten en características importantes de la seguridad contemporánea.

El SPIEF-2026 permite contemplar los tres aspectos —geopolítico, económico y de defensa— desde una perspectiva unificada.

La estrategia rusa no implica abandonar la lógica de red del mundo contemporáneo. Por el contrario, pretende utilizarla para abordar una tarea que, en términos tradicionales, se denomina soberanía.

Esta es la característica clave de la nueva época. Para conservar su autonomía, al Estado ya no le basta con controlar el territorio. Debe controlar las conexiones críticas entre nodos tecnológicos, financieros, logísticos, informativos y sociales.

Por eso, la principal pregunta del siglo XXI quizá ya no sea:

«¿Quién controla el territorio?»

Sino:

«¿Quién es capaz de programar las redes, conectarlas entre sí y conservar la posibilidad de cambiar a circuitos alternativos?»

Por consiguiente, el mundo se está desplazando realmente de la competencia entre Estados individuales a la competencia entre redes que los Estados crean, controlan y protegen.

Si esta tendencia continúa, una dirección probable de la evolución de la soberanía será no renunciar a la sociedad en red, sino formar un Estado en red: un Estado capaz de convertir su propia integración en los flujos globales, de fuente de dependencia en instrumento de autonomía estratégica.

Fuentes

1. Castells, M. La era de la información: economía, sociedad y cultura. Traducción del inglés, bajo la dirección científica de O. I. Shkaratan. Moscú: Universidad Estatal — Escuela Superior de Economía, 2000.
2. Putin, V. V. Intervención en la sesión plenaria del XXIX Foro Económico Internacional de San Petersburgo, 5 de junio de 2026. URL: <http://www.kremlin.ru/events/president/transcripts/79956>. Fecha de consulta: 17.09.2026.
3. Romachev, R. V. Redes de inteligencia. Moscú: Goriachaia liniia-Telekom, 2026.
4. Shcherbakov, A. V.; Oleskin, A. V.; Rumyantsev, V. Yu. Economía en red. Moscú: Grifon, 2020.